

Los judíos de Mondéjar

Expresión escultórico-popular con base en una manifestación místico-religiosa.

Por Fernando CANCHO DUPRADO

NO obstante ir poco predispuesto a la sorpresa, quedé gratamente sorprendido al visitar «Los judíos» de Mondéjar por lo que tienen de peculiar de original, de único.

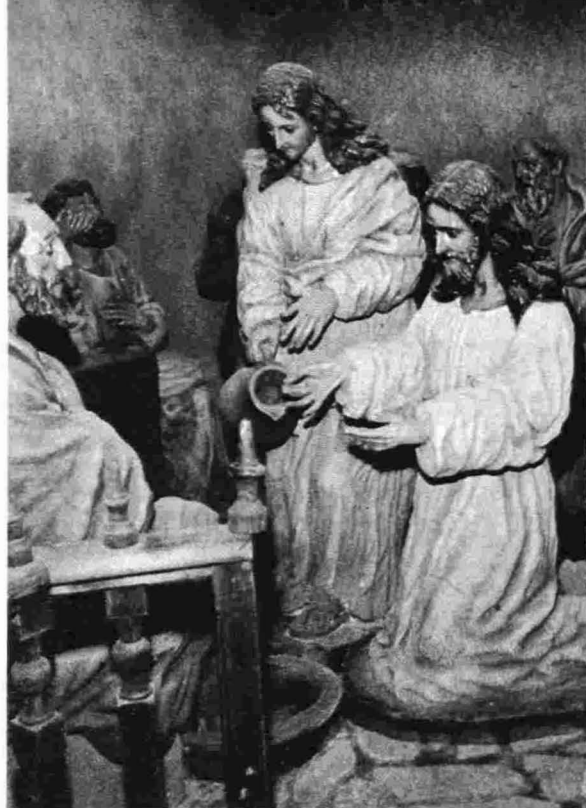
Mondéjar, el primer pueblo de Guadalajara por el suroeste de la provincia, dista 70 kilómetros de Madrid. Es eminentemente agrícola y ganadero, con algunas industrias en pequeña escala, sobre todo vinícolas y peleteras. En la actualidad posee unos tres mil habitantes. Pese a las naturales diferencias económicas, no existe la estratificación social en el trato. Todos los vecinos conviven democráticamente, ya sea bebiendo vino sin exceso, charlando y no disputando, paseando con reposo o tomando el fresco, el sol, o la sombra, según convenga en su recoleta plaza Mayor y al amparo de la portada renacentista de su Iglesia Parroquial.

Con cierto orgullo, muestran los mondejanos sus dos obras de arte, declaradas monumentos nacionales por real orden firmada por Alfonso XIII en septiembre de 1921: las ruinas del Convento de los franciscanos y la mencionada Iglesia Parroquial. El entusiasmo se desborda, la pasión les llena y la alegría emociona a estos hombres cuando hablan de «sus Judíos».

Reliquias artísticas de un pasado glorioso encontramos por cualquier camino del país. Más para admirar una muestra escultórico-popular de gran tradición y sabor ancestral debemos acercarnos a esta segunda Jerusalén que imaginó el anónimo frailecillo de Lupiana, autor de esta manifestación artística, el cual en sus salidas del convento hacia los parajes colindantes observó tal similitud. Nos inclinamos por considerar que esta relación de semejanza establecida entre Jerusalén y Mondéjar la concibió a través de los textos bíblicos y no por una posible visita a los Santos Lugares. Considera la villa como si fuese la capital judía, un tesoro que se encuentra a un kilómetro y medio, donde se construyó la ermita con su correspondiente cripta, como el Gólgota; y el valle existente entre ambos lugares, como el Cedrón. No estuvo desacertado en su apreciación este clérigo, pues con un poco de buena voluntad y sin parangonar grandes detalles sí se puede establecer este paralelismo.

Hecha esta introducción, pasemos a la descripción del conjunto escultórico que nos ocupa. Igualmente hablaremos de algunas curiosidades que rodean a «los Judíos».

La cripta es una cueva que contiene a su vez 10 oquedades, en cuyo interior existen otras tantas esce-



nas de la Pasión de Cristo. Hay dos grupos más adosados a los muros: «La huida a Egipto» y «La Soledad o la Virgen de la Despedida». En total se cuentan 74 tallas, remontándose la iconografía de los momentos representados a los evangelios de San Juan y San Lucas, así como a los apócrifos.

El material empleado para el modelado de las figuras, según análisis realizados, es una argamasa a base de alabastro pulverizado. El autor confeccionó estos grupos escultóricos imprimiéndoles el carácter efectista y teatral propio de las manifestaciones artístico-religiosas de la Contrarreforma. Así consigue unos rostros en que el patetismo de su expresión dramática llega al límite de lo grotesco, lo burlón. Se recrea en lo feo y desproporcionado, no sólo por sus cortas dotes artísticas, sino por el objetivo a conseguir: amor del pueblo hacia Cristo a través de la compasión nacida por la contemplación de la Pasión escenificada. Se cuenta que incluso hasta el primer cuarto del presente siglo existían en el pueblo un grupo de plañideras, piadosas mujeres que durante la Semana Santa pasaban sus horas en «los Judíos» llorando los sufrimientos de Cristo.

Para que todo resulte más de acuerdo con lo popular en estos grupos escultóricos, sin haberlo buscado intencionadamente, existe un personaje vivo de ochenta años, pero hecho un mozo; el tío Flores (Florentino Diéguez), encargado de mostrar estas maravillas, al tiempo que realiza unos sabrosísimos comentarios, unas veces en prosa, otras en verso que encajan perfectamente de un modo espontáneo y sin cientifismo alguno, con el ambiente y la escenografía que va mostrando. Según propia confesión, estas «coplas» las aprendió de un librito que compró a un ciego cuando era rapaz y que luego en el poco tiempo que fue a la escuela las memorizó. Veamos algunos ejemplos. En primer lugar nos sorprendemos con la escena correspondiente «al Lavatorio», que dice:

*Cuan humilde y amoroso,
tomó una blanca toalla
el Señor, y puesto al hombro
y una bacía con agua
para hacer el lavatorio.
Púsose a los pies de Pedro,
el Señor, para lavarle.
Al punto se arrojó al suelo*

diciendo: Maestro amado,
 eso yo no lo consiento,
 eso de lavar mis pies,
 para mí, Señor, se queda.
 Soy un pobre pescador
 que vengo de la baja esfera,
 mas Vos mi Redentor,
 Vos sois un Señor tan grande
 y yo cual vil gusanillo,
 primero prefiero que antes
 sea de fieras comido
 que consentir que me laves.
 Le miró el Señor y le dijo:
 Pedro, si no me dejas lavar,
 no me tendrás por amigo,
 ni menos podrás gozar del eternal Paraíso.
 Al punto se arrojó
 al suelo diciendo: Señor,
 lava mis pies
 y todo mi cuerpo lava,
 aquí me tenéis,
 vuestra voluntad se haga.

Muy popular y francamente inesperado es el relato de la «Venta de Jesús por Judas»:

El jueves santo salió
 Judas, con falsos intentos.
 En casa de Caifás entró
 y junto a los fariseos
 de esta suerte los habló.
 Principes, ¿qué es lo que hacéis?
 ¿estáis de Jesús tratando?
 Si es, ¿cómo lo prendéis?
 Yo lo pondré en vuestras manos
 si algo me prometéis,
 y si no le conocéis,
 una señal también deo
 para que sepáis quién es.
 Aquel que yo le dé un beso
 es el que habéis de prender.
 No penséis que esto es engaño;
 de mi Maestro maldigo
 boca, lengua, pies y manos.
 Respondió el falso concilio:
 treinta monedas te damos.
 Dice Judas: me contento,
 pero tengo algún recelo
 y el alma se me inquieta,
 que juntos mis compañeros
 me han de dar muerte adversa.
 Judas, no tengas temor,
 así todos contestaron,
 que soldados de valor
 bien armados te daremos
 para prender al Señor.
 Entonces dijo Pilatos:
 yo me lavo las manos.

Se aprecia en los dos últimos versos que no existe una linealidad evangélica, y termina la composición con un momento posterior.

La siguiente escena es una mezcla de varias estaciones del Vía Crucis, que aparecen todas a un tiempo y son: El Cirineo, Las Santas Mujeres, El Encuentro con su Madre y la Verónica. El comentario es prosístico y no merece especial atención.

Signe el momento titulado «Jugando las vestiduras», cuyo sabor popular llega al extremo de la inventiva en el contenido de la explicación, que nada tiene que ver con lo que se está observando.

Llegó Judas donde estaba la Virgen
 y con una risa falsa la dice:
 ¿de qué te afliges
 si conmigo sólo basta
 para que tu Hijo se libre?
 De gozo que recibió

aquella Virgen Sagrada,
 de cenar muy bien le dio;
 fue la cena tan colmada,
 que de nada falta le halló.
 ¡Oh! Judas, falso traidor,
 tú pagarás el pecado
 de haber vendido al Señor
 en que todos confiamos;
 que nos dé su salvación.

Frente a la escena formada por el cuerpo yacente de Cristo, las tres Marías, José Nicodemus y José de Arimatea, se encuentra la Virgen de la Despedida, cuyo rostro, cargado de sufrimiento, se opone al típico dolor expresado por las Dolorosas que estamos acostumbrados a ver.

Con gran énfasis, nuestro improvisado cicerone recita su último comentario.

Despedida.
 Oye, alma de tristeza
 tan amarga despedida
 que la Madre de Pureza
 hizo de Jesús su vida.
 Postrada ante su grandeza,
 contemplar cuán dolorida,
 nuestra Madre soberana
 llorando se despedía
 del Hijo que sus entrañas
 y de esta suerte decía:
 Adiós, Jesús amoroso,
 adiós, claro del alma,
 adiós, celestial esposo
 de mi original palma,
 de mi vientre fruto hermoso,
 adiós, que a morir te vas,
 adiós, fin de mis suspiros,
 ya no te veré jamás,
 pues nací para servirlos
 y para penar «na» más.

Conviene reseñar, para finalizar este estudio, la historia de la ermita. No hay datos concretos que nos pongan de manifiesto la fecha de construcción. Lo que sí es cierto es que en 1580, y según documento existente en el palacio del Infantado de Guadalajara correspondiente a una relación topográfica y en el acta referente a Mondéjar, más o menos se puede leer: «... también existe una ermita...»

Hay también otro documento, fechado en 1719, que da fe de la existencia y reconstrucción de «los Judíos». La familia de Hijosdalgo de Mondéjar, los López-Soldados, trajeron un fraile de Lupiana (Guadalajara) y se cree que éste perfeccionó «Los Judíos», dándoles esas expresiones tan dramáticas que aún conservan algunas figuras. Se le debe a este jerónimo lo principal; nos atrevemos a añadir que les dio el alma. Desgraciadamente en la guerra civil de 1936 hubo destrozo general de las figuras. Todas sufrieron mutilaciones y para más infortunio un abandono de treinta y seis años.

Por consiguiente, la restauración ha sido empresa ardua y a pesar de los esfuerzos realizados no se ha conseguido esa unidad deseable con las antiguas figuras, observándose la diferencia perfectamente, ya que las nuevas adolecen de una policromía poco feliz y unas formas no muy afortunadas si las comparamos con las deformes figuras primitivas.

No quiero dejar de añadir que la ermita de «Los Judíos», así como la construcción de la Iglesia Parroquial y el Convento franciscano, están íntimamente ligados con la vida de don Inigo López de Mendoza, segundo Conde de Tendilla y primer Marqués de Mondéjar, ya que gracias a su mecenazgo podemos hoy día contemplarlo.

Agradecimiento: Por su ayuda y colaboración a don Anastasio Fernández Jiménez, don Florentino Diéguez y doña María Ocaña.